





## A orillas del mar Caribe

Es un hermoso sábado soleado en la casita rosada de la playa de Juan Dolio. Nanín y Alyssa vinieron desde Santo Domingo a pasar un fin de semana con sus abuelitos. Nanín es un niño de siete años, feliz y risueño, con unos grandes y expresivos ojos de color miel. Adora dibujar y le encantan los dinosaurios. Alyssa, por su parte, tiene diez años y es una niña robusta, inquieta, curiosa y muy inteligente. Tiene unos ojitos soñadores y un poquito achinados de color marrón oscuro. Le gusta dibujar, las matemáticas y jugar con masillas.

Ambos niños desean con ansias ver a sus abuelitos, a los que con cariño llaman Mamina y Papino. Ya instalados en la entrañable y exquisitamente decorada casita, deciden corretear libres como el viento por la blanca arena, justo a orillas de un tranquilo y azuleado mar Caribe. Las mascotas de la casa, Nina, una gata regordeta vestida con un impecable tuxedo blanco y negro, y Druppy, un perro tranquilo y tontín de color caramelo, los acompañan.

Mientras los abuelitos descansan en la terraza, observan con ternura cómo se divierten los niños. Estos, sin darse cuenta, se van alejando poco a poco de la casita. Después de un rato, cansados y aturdidos de tanto correr y saltar por la interminable playa, caen extenuados en la arena.

El sol parece un trozo de mantequilla derretida y las nubes gruesas y blancas, crema chantillí.

—Uf—suspira Alyssa, y le cuenta a Nanín que tiene hambre.

El niño se toca la hundida panza y riendo, como siempre, responde que él también.

Nanín guardaba en los bolsillos un paquete de galletas de chispas de chocolate y Alyssa llevaba en su carterita de lentejuelas rosadas una botella con limonada, unos palitos de queso, una manzana verde y unas gominolas azucaradas con distintas formas: fresa, cereza y banana.

—¡Qué rico!—ansían los dos pilluelos.

Con mucho amor y complicidad, los primitos comparten su tan preciada merienda con Nina y Druppy.

—¡Ayyy, qué rico es estar aquí!—dice Nanín.

Alyssa suspira a la par que asiente con la cabeza. La brisa fresca del Caribe y el sonido suave y relajante del mar los arrulla, así que caen dormidos en las limpias arenas de la playa.

Un viejito, que camina por la orilla con la pesca fresca del día, interrumpe el sueño del manso Druppy. Después los ladridos del can despiertan azorados a Nina y los niños.

—¡Ay, Dios mío! —grita Alyssa.

—¿Qué fue? ¿Qué fue? —pregunta Nanín, aturdido.

—¡Mira el horizonte! —le contesta ella, con cara de preocupación—. Es muy tarde y el sol se va a ocultar. Debemos volver deprisa a la casa. Además, parece que va a llover. ¡Levántate y vámonos! —Alyssa solo piensa en el posible regaño de los abuelitos.



Mientras corren a todo pulmón, comienza a llover bien fuerte. Alyssa y Nina están a punto de llorar: una, preocupada por la reprimenda y la otra, por su aversión al agua. Entretanto, Nanín y Druppy van mirando al cielo y con la boca abierta, regocijados, tratando de llenarla con las gruesas gotas de la lluvia.

